

EL URUGUAY

Semanario ilustrado de política, arte, letras é informaciones

Año I

Buenos Aires Marzo 26 de 1905

Núm. 5

Director: JAVIER DE VIANA

Dirección y Administración
966 - BARTOLOMÉ MITRE - 966

Administrador: F. HERNANDEZ

Notas políticas

COSAS LÓGICAS

El telégrafo nos trasmite la noticia de nuevos desmanes cometidos en Treinta y Tres por las fuerzas del 6.º de caballería, con el beneplácito de la jefatura política.

Ellos son uno y se entienden.

Unos cuantos oficiales de línea insultando y apaleando á un ciudadano indefenso en el mismo centro de una ciudad uruguaya; la policía presenciando el hecho y aplaudiéndolo en su actitud prescindente, no es sinó la repetición de mil hechos semejantes á que nos tienen acostumbrados los gobiernos nacidos del «partido de la libertad».

Cantada con acompañamiento de guitarra ó de acordeón, en estilo ó en cifra, es siempre la misma canción.

Es lógico. Lo ilógico sería que el gobierno de Batlle II hiciese respetar los derechos ciudadanos. Para matar la libertad política en un pueblo viril, es necesario suprimir todas las libertades y no valdría la pena haber dado palos en los actos comiciales si el triunfo obtenido de esa manera no autorizase á seguir propinando garrote.

¿De qué serviría haber reconquistado la «integridad de las instituciones» si los triunfadores, los que han hecho que el manto escarlata cubra ese país en toda su extensión, no tuviesen el derecho ilimitado de los conquistadores?

Lo que pasa en Treinta y Tres es muy razonable, está perfectamente encuadrado en la época y no debe admirar á nadie.

MINISTERIO DE AGRICULTURA

¡Siempre ocurrente Floro Costa!

Todas sus iniciativas tienen un admirable sello de oportunidad. Es un tipo único.

Floro Costa se ha dicho.—¿«A desfilzarros tocan?... ¡Pues aprovechemos la bolada!»....

Y se decidió á proponer la creación de un nuevo ministerio, el ministerio de agricultura, con subsecretarios y todo y, de paso, con un honroso aumento de sueldos para todos y un rincón de asilo en el Cuerpo Legislativo para el caso posible, aunque no probable de que el presidente los despida. Angel Floro es extremadamente previsor.

Hasta hoy no se había notado la necesidad de crear un ministerio de agricultura; pero ahora han cambiado las circunstancias. El país se despuebla: los agricultores emigran en masa, vendiendo sus tierras y llevándose sus útiles de labranza; el cultivo de la tierra merma de manera alarmante y los yuyos crecen en las que fueron tierras labrantías.

A seguir así y á continuar la política patriótica de Batlle II y el hermoso «régimen de las instituciones» implantado por él, pronto no habrá agricultura en el Uruguay.

Por lo tanto, el momento es apropiadísimo para crear un ministerio del ramo.

¡Cosas de Floro Costa!

PROSPERIDAD!...

El país prospera. A pesar del sacudimiento terrible de la guerra y á pesar de seguir gobernando Batlle, el país prospera. La estadística lo dice y la estadística, aunque miente también, miente discretamente. Las rentas aumentan. La población disminuye, es cierto de sumo grado, pero las ubres generosas, de la lechera producen oro. Los diarios oficiales pregonan el fenómeno, admirados, estos mismos, de que el país prospere bajo el peso de un gobierno que hace todo lo humanamente posible por aniquilarlo. El país prospera, la renta crece. ¿Qué hacen con esa renta? ¿Emplearla en obras públicas, en puertos, en ferrocarriles, en caminos, en policías, en escuelas?... Tontería!... Desde el derrocamiento del gobierno constitucional de don Bernardo Berro, el país ha con-

traído una deuda de ciento treinta millones de pesos oro. ¿En qué se han empleado? En pagar los tallarines de Garibaldi, el feijão de los bayanos imperiales, el asado con cuero de los gaucho-políticos, el suculento «menú» del militarismo, y las circuspicias de gobernantes que han manejado el país como tierra de indios, conquistada á bala. ¿El país produce?, pues se utiliza la población en sostener nuevos cuerpos de línea que sirvan para abatir rebeldías cívicas y ganar elecciones. La renta aumenta? Pues á emplear el exceso de entradas en sueldos á jefes creados, fuera de la ley militar, por el gobierno popularísimo del señor Batlle.

El país no tiene caminos. Los ciento treinta millones que constituyen nuestra deuda y los cientos de millones que suman cuarenta años de renta nacional, apenas han alcanzado para pagar el trabajo de los hombres que nos gobiernan.

El país no tiene caminos: pero el país prospera, la renta crece, y el gobierno resuelve hacer caminos. ¿Con el aumento?...—No! El aumento de renta se destina al aumento de jefes y oficiales y soldados. Para hacer caminos se crea *un impuesto*, una deuda nueva y para garantirla, se crea un nuevo impuesto.

El país prospera.

BIOGRAFIA

de don Agustín de Vedia

Los diputados que formaban el ala derecha de la cámara, entre los cuales figuraba él, protestaron colectivamente contra los crímenes del 10 de enero y declararon que no volverían á ocupar sus puestos sin que se hubiesen hecho efectivas las garantías esenciales de la civilización por el poder, á quien correspondía tranquilizar á la sociedad y asegurar el ejercicio libre de los demás poderes.

Derrocado el gobierno del Dr. Ellauri el 15 de enero de 1875 como una consecuencia de los sucesos anteriores, se reunió con los demás diputados sueltos á acudir al llamamiento de la autoridad constitucional, á cuyo efecto se hicieron al presidente, refugiado abordo de un buque en el puerto, las declaraciones del caso. Pero el Dr. Ellauri

resolvió no hacer nada para recobrar el poder que la rebelión y la traición de la fuerza militar le arrebatan, como si reconociera que no era digno de conservarlo.

Algunos días después tuvo lugar una reunión política á que asistían los diputados de la derecha. Se trataba de adoptar, de común acuerdo, la actitud que anunciaban los acontecimientos. Ninguna resolución definitiva se había tomado al respecto, cuando fué aprendido Vedia y catorce ciudadanos más y encerrados primero en la casa central de policía y luego en la bodega de la barca «Pnig» que debía llevarlos á la Habana.

Al regresar al Plata, después de esa peregrinación, supieron los deportados que sus correligionarios habían desplegado la bandera revolucionaria contra los poderes de hecho entronizados en la República.

Un comité revolucionario se había constituido en Buenos Aires del que el Dr. don José M. Muñoz había sido nombrado presidente y Vedia vice-presidente.

Vedia aceptó á instancias de sus colegas esa distinción y trabajó activamente en favor de la revolución, que terminó desgraciadamente, por falta de unidad y de dirección militar.

Vencida la revolución de 1875, Vedia so trasladó á Dolores, pueblo de la provincia de Buenos Aires, cincuenta leguas al sud de la capital donde acababan de establecerse los nuevos tribunales del Departamento Judicial del Sud, y donde se consagró á la abogacía al amparo de las instituciones liberales de la provincia que no exigían el título profesional.

Allí estuvo durante cuatro años. Muchos de sus trabajos judiciales han sido publicados, y entre ellos pueden recordarse «Los privilegios del Banco de la Provincia» en que sostuvo la doctrina de que tales privilegios, habían caducado con la reforma de la legislación civil, doctrina que prevaleció mas tarde: «el beneficio en los contratos de locación», «el examen del acusado», etc. etc. Datán de esa época sus discursos sobre «instrucción obligatoria», el culto de la Patria: la revolución y la independencia», etc.

En 1880 le fué ofrecida la legación oriental en Buenos Aires, con motivo del cambio de gobierno que tuvo lugar despues de la renuncia del coronel Latorre. Al mismo tiempo los correligionarios le pedian que volviese á Montevideo para hacer cargo de la dirección del nuevo diario político que debía ser órgano del Partido Nacional.

Una pequeña fracción de este partido, compuesta de jóvenes ilustrados, habia iniciado la organización de un tercer partido, y los miembros mas conspicuos de esa nueva é insuficiente colectividad, habian exhortado á Vedia para que los acompañara en esa evolución.

Vedia rehusó lo legacion que se le ofrecia. Resistió á los amigos que pretendian llevarlo al nuevo partido, y espuso los fundamentos de su resoloción, en una carta dirigida á su amigo el Dr. José Sierra y Carranza. En cambio cedió á las instancias de sus correligionarios y abandonando todos su medios de vida y las ventajas de una posición formada en cuatro años de asiduos trabajos, fué á Montevideo á ponerse al frente de *La Democracia* que inauguraba su segunda epoca. Durante tres años tomó parte activa en los trabajos políticos que se iniciaron; asistió á las diversas reuniones que tuvieron lugar para exhortar el patriotismo de sus correligionarios y redactó la mayor parte de los documentos en que la comisión directiva del Partido, del que era vice-presidente, definía su actitud y sus propósitos. Habiendo terminado esos trabajos por una declaración de abstención, y comprendiendo que era imposible prolongar un sacrificio inútil, dado el natural decaimiento de los ánimos, Vedia se despidió de *La Democracia* y volvió á tomar silenciosamente el camino de su voluntarioso destierro, despedido por toda la prensa, sin distinción de colores políticos, ni de nacionalidades, con palabras amistosas.

Vedia regresó en 1882 á su antigua residencia de Dolores, donde permaneció hasta fines de 1884 en cuya época se vió obligado á trasladarse á Buenos Aires. Tomó entonces la redacción de *La Tribuna Nacional*, diario gubernista, pero que él solo aceptó con declaraciones que dejaban á salvo su independencia y con un programa definido según se hizo público más tarde. Sus

trabajos en ese periodo, han llevado un sello esencialmente doctrinario.

No tomó parte en la última revolución contra Santos que terminó en el Quebracho, aunque simpatizaba con ese movimiento de opinión y consideraba que era un deber protestar contra aquel gobierno oprobioso. Deploró el fin desastroso de la revolución; pero cuando un tiempo después, fué herido Santos á la salida de un teatro por la bala de Ortiz, condenó ese hecho, diciendo que los pueblos modernos no se salvan de sus tiranos sinó por movimientos colectivos y nunca por hechos aislados ó por los arranques de los visionarios ó de los fanáticos, seguidos casi siempre de reacciones funestas como la propia historia uruguaya lo comprueba,

En los últimos ocho años, Vedia ha escrito constantemente en la prensa de Buenos Aires. Dejó *La Tribuna Nacional*, según es notorio, por ser opositor á la marcha política y financiera del gobierno de Juarez Celman, A instancias del Dr. Dávila, aceptó la redacción de *La Prensa*, compartiéndola primero con el Dr. Don Manuel Bilbao y desempeñándola solo después. En ese diario desarrolló un plan financiero, que fué adoptado generalmente por el gobierno que sucedió al Dr. Juarez. Escribió una serie de artículos sobre las relaciones económicas de la Nación y las Provincias, proponiendo una solución que se convirtió en ley por iniciativa del Poder Ejecutivo.

Dos telegramas

Léanse los dos telegramas siguientes, recibidos hoy mismo de Montevideo y que son de descorazonadora elocuencia.

—«De la colonia comunican que en el corriente mes emigraron para la República Argentina **ciento treinta y siete familias** de agricultores. En el solo día de ayer, salieron **cuarenta.**»

Y este otro:

«Los diarios oficialistas atacan á la Comisión de Caridad por haber repuesto al doctor Eduardo Lamas en el cargo de médico del manicomio, puesto que abandonó para ir á tomar parte en la última revolución.

Los comentarios huelgan.

EN LA PULPERIA



La gente se amontona, se apreta para recojer las paradas y hacer otras, luego, el canchero se impone:

—Vamos á ver señores, despejen. Y una nueva partida empieza.

En tanto el mate amargo y los vasos de caña circulan de mano en mano.

Mientras el juego continua animado en todas sus formas, mientras el paisanaje olvida trabajos y miserias, en la *Pulperia*, que es su Club, su teatro, su circo y su café, afuera, bajo las mal techadas enramadas, los pobres matungos esperan pacientemente.

Con las cabezas gachas, dando el anca al sol abrazador, el lomo dolorido con el peso del recado y la presión de la cincha, los pobres matungos escuálidos esperan, esperan, bostezando de hambre, de sueño y de sed. De cuando en cuando echan una mirada al campo verde, á la pradera revestida de jugosa grama, y sacuden filosóficamente la cabeza. Las moscas les mortifican; patean, plumerean con la cola; las riendas caen y, de vez en cuando un cojinillo de cuero de oveja se desprende y va á juntar un poco más de mugre en el montón de estiércol.

Pobres caballos, buenos caballos, pacientes caballos!

Ellos son las víctimas inocentes del vicio campero.

El medio día ha pasado; en la gloria y en el interior de la pulperia, en las carpas y hasta bajo los escasos árboles, la concurrencia ha almorzado. Quienes más, quienes menos, todos han reparado las fuerzas; y, en seguida:

—¡A jugar, muchachos!

Sobre las mesas grasientas de las carpas, se organizan partidas de truco y monte, rociadas con abundantes libaciones de caña.

Allá adentro, en una habitación misteriosamente cerrada está la banca grande de los montes platudos. El comisario es uno de los *apuntes* más fuertes.

Aprovechando la sombra que proyecta un largo galpon de paja, se ha instalado la cancha de taba. La concurrencia forma en dos hileras compactas siguiendo ansiosa el hueso lanzado al aire y que luego cae y rueda con suerte varía.

¡Y ahí los gritos!

—¡Un rialito más al tiro!

—¡Cinco latas contra el tiro!

—¡Párese, compañero, no tire!...Paga las cinco latas!

—¿Han jugao caballeros?

—Sí, larguelá no más y enide de no mostrar la vergüenza!

—¡No le dije!...Una suerte grande como un rancho!



APOLOGIA DEL ORO

Alegre, el alma llena de sol, Marcelo continuaba hablando de sus proyectos de sus ilusiones, poseído de un optimismo deslumbrante; pero Quenón ya no lo escuchaba, dominado por la naturaleza, embebecido en la contemplación del gran paisaje.

—«¡Mira, mira!»—dijo señalando el *Cerro Calvo*.

—«¡Es hermoso, ¿verdad?»—contestó Marcelo; y luego, dando rienda suelta á la fantasía, agregó:—«¡Es hermoso y extraño; parece algo así como una decoración de ópera fantástica, la *mise en scène* de un acto de la *Valkiria* ó la ilustración de un canto del *Mahabharata*; un sitio delicioso para soñar despierto, para soñar con hadas y hechicerías, con divinas mujeres vaporosas, de carnes amasadas con nieve rósea, de pupilas formadas con trozos de cielo, de cabellera construida con haces de luz de sol, y un fleco de aurora en los labios!...»

Quenón meneó la cabeza con disgusto. El no era un esteta; para él no existía la belleza inútil, el arte sin razón y sin objeto. El diletantismo egoísta é infecundo, la esterilidad de la vida contemplativa le chocaba y le enfurecía como las palideces de tono y las vaguedades de línea de los pre-rafaelistas, como el nihilismo de Nietzsche, como el amargo pesimismo de Schopenhauer, el evangelismo retrógrado de Tolstoi, las cobardías del neo budismo, las extravagancias *moderne style* de los cerebros saturados de ajeno, de vermuth, de bitter, de todos los aromáticos convulsionantes, de todos los derivados ponzoñosos del maldito hidrato de etilo. En su fuerte organismo de una animalidad robusta, en su cuerpo sano y en su alma sana había un desborde, de vida, una insaciable sed de crear, de ayudar á la naturaleza en la obra eterna de procreación y de perfeccionamiento. ¿Muere algo acaso? La semilla muerta es la planta viva, la flor que desaparece es el fruto que nace. La belleza le entusiasmaba, pero no en sí, aislada, improductiva, sino puesta en contacto con el hombre, entrando en el alma, alegrando la vida con su luz de esperanza, con su soplo de fé, engendrando ideas capaces de convertirse en hechos, de expandirse, de brillar, de vibrar, animando moléculas; encendiendo existencias.

Marcelo guardó silencio, y Quenón,

sujetando el caballo, se puso á observar, tendiendo su mirada límpida serena y reflexiva. La musa redonda del *Cerro Calvo* aparecía rugosa como piel de anciano; á sus plantas, junto á la cañada que lo orilla, el gran «molle» presentaba su ostentosa cabellera azulada; más arriba, en la faz lampiña de la gran mole granítica, y luego en los picos sucesivos y en las ramazones de los «talas», de los «espina de cruz», de los «sombra de toro», y, más lejos todavía, en las suaves curvas de las lomas y en la sosegada superficie nacarina de la *Laguna redonda*, enceguecía el mismo resplandor azul, como si en todas las alturas se reflejase el inmenso toldo azul caldeado por el sol de enero.

—«¡Es curioso!»—exclamó Marcelo.—«Los cerros, las cuchillas, los árboles, las aguas, el cielo, todo azul!»

—«Sí,»—replicó su amigo extasiado.—«Todo azul, una lluvia suave y alegre que es como un regocijo, como una promesa de infalibles recompensas para los que aman y creen. Y luego vendrá el sol de la tarde y todo se mostrará resplandeciente con el baño de oro glorioso y triunfante: hebras de oro en la flechilla de las colinas, oro macizo en las serranías, oro líquido en las lagunas; arborescencias de oro, flores de oro, reflejos dorados hasta en los lomos del laborioso caballo, hasta en la frente del buey venerable, hasta en los flancos inflados de la res fecundada. ¡Todo oro! ¡el oro regio, el oro coronario, el oro obrizo, el placer del cuerpo y el deleite del alma, el triunfo, el fruto, en fin, del árbol de la vida, el fruto, conquistado con rudos afanes, el fruto ganado brava y noblemente!...»

Y como Quenón tendiese la mirada límpida y serena señalando al mismo tiempo con un amplio ademán la inmensa comarca azulada, Marcelo exclamó sonriendo:

—«¡La apología del oro!»

Su amigo, sin responder, desmontó, soltó la brida y echo á andar hacia la cumbre. El abogado lo siguió en silencio, vencido por el tono severo de Quenón. A poco andar estaban en el *Pico de los cajones*.—un montículo de piedras griseas, dominadas por un «molle» centenaric, retorcido, greñoso, duro y salvaje, contento de estar allá arriba, en lo más alto, desafiando las embestidas del pampero, orgulloso del gigante nido de águilas que lo coronaba, orgullo-

so de su pobreza, de su sobriedad que le permitía vivir, fuerte de un puñado de tierra encerrado entre dos peñascos. Entre sus ramas, dos ataúdes pequeños estaban prisioneros guardando restos de angelitos: sobre uno de ellos, un «sabiá», una calandria,—quién sabe qué pájaro cantor y alegre,—había hecho un nido de espinas y ramas secas, de vedi- jas de lana y hebras de cerda: pero alar- mado con la peligrosa vecindad del ave guerrera, el cantor había emigrado, de- jando una diminuta tapera sobre un ataúd diminuto. Y como en el suelo, en escaso palmo de tierra donde asentaba el árbol, hubiese otros ataúdes deshe- chos y algunos huesos humanos, medio escondidos entre el abundante pasto ver- de, Marcelo, siempre impresionable, hi- zo una mueca de disgusto y se detuvo. Pero Quenón, para quien,—según sus propias palabras,—toda muerte es ger- men de vida, subió á los tablonos para observar mejor al paisaje, que, visto des- de allí, era grandioso. A su derecha, la sierra, erizada de picos, se tendía en múltiples curvas, seme- jando la espina dorsal de un oficio monstruoso: á su izquierda, una serie de colinas en anfitea- tro, y, en el fondo, el Olimar, la selva espesa, áspera, semisalvaje, ocultando el raudal bravío; por los altos, por las lla- nuras, en las crestas rocosas y en los valles lisos, muchos vacunos, muchos caballos, miles de ovejas paciendo sose- gadamente. Y en toda la inmensa ex- tensión del campo, en leguas y leguas, ni una casa, ni una manifestación de vida humana en la solemne quietud de de la tarde.

Durante largo rato, ambos amigos per- manecieron en silencio, absortos en la contemplación del maravilloso panora- ma de toda aquella tierra joven y fe- cunda.

Lentamente iba descendiendo el sol, y conforme lo había dicho Quenón, las tintas azules cedían el puesto á las tintas doradas, que se acentuaban á medi- da que se degradaba la luz. Arriba, los montes aparecían vestidos de regio man- to de oro vivo, de oro tibar, mientras en las laderas brillaba como oro cobri- zo el vello fino que se estremecía con el suave rozar de la brisa vespertina, y el aire se veía danzar el polvo de oro como enjambre de alegres insectos di- minutos; y en los retazos de arroyos columbrados desde la altura, los árboles seme- jaban joyas de oro burilado por los

dedos de un gigante toscó, y las aguas producían la ilusión de los largos cri- soles llenos de metal precioso en fusión. El pelaje rojizo de los vacunos tenía re- flejos dorados, y el vellón de las ovejas ostentaba el color pálido y suave de oro viejo; pero donde el triunfo era comple- to, tumultuoso, avasallador, era allá le- jos, en el Occidente incendiado, donde el divino metal corría á chorros, llenan- do los bajos, cubriendo los oteros, re- vistiendo los bosques y subiendo hasta el cielo en grandes llamaradas triunfa- doras.

Quenón, entusiasmado, puso una ma- no sobre el hombro de su amigo, y con voz pausada y grave, dijo:

—«¡La apología del oro!»

Marcelo hizo un gesto de contrarie- dad. «El oro?... Su sentimentalismo gene-roso lo había inclinado un poco al so- cialismo, esa sirena que atrae á todas las almas buenas, indignadas y horrori- zadas de la infame justicia social. So- cialista ideólogo, mal seguro, sansimo- nista unas veces, furierista otras, hoy colectivista y anarquista mañana, sin otra base firme y sólida que la concien- cia de una organización social injusta.

—«¡La apología del oro!»—respondió.— «¡La apología del éxito, de lo bajo, de lo mezquino, de lo innoble! La apología del almacenero que llena talegos con el rudo trabajo del pobre gaucho, siempre miserable; la apología de Harpagon y de Grandet; la apología de un dios mons- truoso que enciende la envidia, que corrompe las almas, que impele al cri- men, que siembra la discordia entre los hombres, que los incita á morderse y á despedazarse disputándose la mejor pre- sa del maldito becerro! ¡El oro! ¡el me- tal innoble, menos digno que el hierro de las hachas prehistóricas con que nues- tros lejanos abuelos se disputaban á lo bruto la posesión de una caverna ó de un reno! ¡El oro, que sólo se adquiere envileciéndose y que una vez adquirido sólo sirve para dominar, para tiranizar, para engendrar el orgullo y la soberbia, para hacer una odiosa distinción de amos y esclavos entre los seres que Dios ha creado iguales, imponiéndoles, como ley suprema, el mútuo amor, la ayuda re- cípoca, la solidaridad en todos sus actos, en todos sus esfuerzos, en todas sus luchas!...»

Quenón sonrió bondadosamente. De pié, recostado en el árbol centenario, su alta frente, sus labios finos, sus ojos

profundos reflejaban inteligencia serena y fuerte.

—«¡Siempre niño!»—replicó con voz suave;—«¡siempre niño, superficial y quimérico! Todo tiene un objeto, un fin, un fruto; y el oro es el fruto del trabajo.» Luego, irguiéndose y abarcando con un ademán solemne la radiosa y dilatada comarca, agregó: «Si todo eso fuese nio y hubiese oro en mis arcas, ¿verías qué sementera, qué exuberante cosecha, qué prodigio de oro haría y brotar de esta sublime naturaleza! En esas abras, prodigiosamente fértiles, treparían las viñas y lucirían los olivos; en esas laderas maravillosamente fecundas, sábanas de trigo ostentarian en las tardes el oro sagrado de sus espigas: en las colinas desnudas, largas avenidas de eucalipto y de acacia, múltiples bosquecillos de pinos, mimbres y plátanos servirían de ornato al suelo y mitigarían el rigor de las intemperies, dando sombra y abrigo á los pobres bestias, y en el alto, en aquella meseta soberbia, un majestuoso edificio, todo rodeado y perfumado de flores, se alzaria grande y risueño, representando la inteligencia fecunda, el triunfo del hombre, el fruto dorado de la vida. Y esa grandeza particular sería un baño de salud, un inmediato beneficio para la masa colectiva, que comenzaría á amar el trabajo ordenado y proficuo del cual todos los hábiles y perseverantes pueden esperar la recompensa, la cosecha de oro, productor de oro, vehículo del bienestar y gérmen de la alegría.»

Y como el sol bajaba, la sierra, el llano, los árboles, los arroyos, los animales y los prados, todo parecía de oro; una fabulosa naturaleza de oro, de oro coronario, de oro obrizo, de oro de tibar, suave en las líneas y suave en los reflejos. Bajo el cielo sereno, en la adorable quietud del aire perfumado con la «yerba de lagarto» de las peñas y los trebolares en flor de los bajos, toda aquella magnificencia parecía el triunfo silencioso de la vida.

—«¡La apología del oro!»—tornó a decir Quenón.

A Través del país

PAYSANDÚ

Dice «El Pueblo»

Resolución comentada

Ha sido objeto de los más variados comentarios la resolución adoptada por la Junta Eco-

nómico Administrativa, á petición del Jefe Político Sr. José A. Epalza, reconsiderando una resolución de la corporación anterior, que concedía autorización á la Compañía Liebig's para alambrear el campo de la estancia Villa Blanca en su límite Sud.

El comentario público se hace alegre y travieso alrededor de la actitud del Jefe Político y de la condescendencia extremada de la corporación municipal, preguntándose si el señor Epalza era en este caso el abogado de la parte de Don Luis Ignacio Garcia, que es el interesado en que la Compañía Liebig's no alambre su campo de Arroyo Negro, en la parte Sud ó si puramente lo hizo por razones de orden público, para evitar posibles disturbios entre vecinos.

Estamos frente á un caso extraordinario: un jefe político se presenta á una corporación municipal, se permite el lujo de tener voz y voto en sus deliberaciones y concluye por obtener—después de sus manifestaciones—que la corporación reconsidere una resolución adoptada por otra corporación anterior. Y todo esto sin más trámite, como si se tratara de una infracción á la guia policial y como si no hubieran de por medio intereses cuantiosos.

Probó el señor Jefe Político que ha existido alguna vez el llamado Paso de la Francesa. Comprobó que no son ciertas las afirmaciones que hacen más de ochenta vecinos de respetabilidad que niegan la existencia de ese paso y que afirman el derecho que tiene la Compañía Liebig's para cerrar su campo por el límite sud? Aparte de esto probó el Jefe Político el derecho que tiene para pedir la reconsideración de un asunto que se litiga entre propietarios de dos campos linderos?

El asunto merece ser examinado en todas sus partes, por eso vamos á tomar los informes requeridos para volver á ocuparnos de él.

Por de pronto, que quede sentado que un Jefe Político puede ir á una Junta y después de breves explicaciones, pedir la reconsideración de un asunto y obtenerla con toda facilidad.

Esto ha pasado en Paysandú, aunque parezca increíble.

El caudillaje Oficial

A pesar de todo lo que se dice y se grita contra el caudillaje, sea blanco ó colorado, el caudillaje tiene admiradores y sostenedores decididos en nuestro país. Hé aquí un suelto de un colega de Montevideo que confirma nuestro aserto.

«A estas horas surge amenazadora sobre el

horizonte batllista la silueta de don Basilio en oposición á la de don Pablo Galarza.

Parece que á este último el supremo no le olvida su negativa de venir á rendirle homenaje en su metrópoli y tampoco que una vez, al conocerlo personalmente, no quiso abrazarle á pesar de que el señor Batlle le abrió fraternalmente los brazos.

El hombre de Plutarco levanta, como un fantasma rival, á don Basilio mientras don Pablo sigue gobernando y proponiendo candidaturas para todo en su feudo del Durazno.

De todo lo que ocurre se desprende que dos caudillos oficialistas están ya frente á frente y que el gubernismo intenta erigir dos altares rojos».

Todo rojo

La Junta Electoral del Departamento, que preside el Dr. Juan Garibaldi Heguy, interpretando la ley de Registro Cívico Permanente en forma que más convenga á sus miras partidarias, procedió el pasado domingo á la designación de miembros de Comisiones Inscriptoras, designando para componerlas, á ciudadanos colorados, exclusivamente.

Ignoramos si la elección de los ciudadanos que deben formar las Comisiones Inscriptoras se realizó por el voto incompleto, como lo determina el artículo 12 de la Ley de Registro Cívico Permanente, porque no se ha dado aun cumplimiento al inciso del mismo artículo 12 que dice terminantemente: «Del acto de la elección y su resultado se labrará un acta que firmarán todos los miembros presentes de la Junta Electoral, y se hará publicar en los periódicos de la localidad si los hubiese, ó en su defecto en los de Montevideo».

Lo ocurrido en la elección de Comisiones Inscriptoras prueba claramente que no existiendo control alguno en la Junta Electoral todo puede hacerse en forma que más convenga al partido que ha quedado con resorte tan importante de la máquina electoral.

Mañana, cuando llegue el caso, se elegirán Comisiones Calificadoras en igual forma y todo el provecho quedará en casa, por que ya sabemos como se procede en cuanto á los reclamos y protestas de los ciudadanos que pertenecen al partido adversario.

Los registros cívicos se llenarán en forma que mejor asegure el éxito del partido del poder y se harán todas las exclusiones que se quiera del partido adversario.

Y así se asegura la prepotencia del partido rojo.

RIO NEGRO

Juez de Paz modelo

En la 6a. Sección del departamento de Rio Negro hay un Juez de Paz que se permite el lujo de abandonar su oficina por diez ó doce días, con la particularidad de que no se le encuentra en la sección ni en las limitrofes. El hombre cierra el Juzgado por temporadas y sale en correrías que duran una ó dos semanas.

Así que recibe oficios de su superior y solo los despacha cuando le da la real gana.

Días pasados, en un asunto urgente, se le libró oficio para que tomara unas declaraciones y como el hombre no se encontraba en la sección hubo que mandar otra vez el oficio á Fray Bertos sin que se pudiera cumplir la diligencia.

El oficio habrá tenido que ser reiterado y solo falta ahora que el hombre no se le encuentre en su puesto!

Que justicia rápida la nuestra.

También con jueces como el que citamos!..

SAN JOSÉ

Al Rio

Dice «La Paz»

Una de estas noches de carnaval, frente al domicilio del oficial primero de la jefatura política, vieron los transeuntes lavar una volanta en plena calle.

Y como es natural lo vieron con asombro.

¿Como dicho funcionario, permitía aquello?

Pues muy sencillamente; la volanta era suya.

A cualquier otro prójimo por ese solo hecho se le hubiera aplicado cuatro pesos de multa.

¿No le parece al señor oficial primero, que su investidura no le da derecho para que en él sea lícito, lo que en otros sería delito?

Sociales

—Hállase en ésta la familia del señor Rafael de Armas.

—Procedente de Buenos Aires, nos visita, el joven Alfredo Ciganda, que desde las postrimerias de la última contienda armada, ha fijado su residencia en la otra orilla del gran estuario.

—Nos visitó el senador por el departamento señor Luis Eduardo Segundo.

—De paso para la capital, fué nuestro huésped el señor Angel A. Corbacho, redactor del colega rosarino «La Democracia».

—Se ausentó para la campaña la familia Martínez Laguarda.

—Es nuestro huésped el laborioso hacendado de la 6ª sección señor Federico Laca, quien durante el período de las administraciones nacionalistas, desempeñó el cargo de comisario en aquella jurisdicción policial.



MARIDA

Las alas, como verdes poemas de esperanzas,
 Cual cánticos de lirás, nos llegan desde el mar;
 Y en góndolas de oro las bellas lontananzas
 Sobre lejanas aguas parecen navegar:

La estrella de la tarde, sidérica princesa,
 Reposa en un columpio de luminoso tul,
 Y el mago de los cielos, que á enamorarla empieza,
 Se alfombra con matices del firmamento azul.

En tanto que en la playa, circuidas por las hondas
 Que traen sobre tronos de espumas su rumor,
 Con perlas de agua esmaltan sus cabelleras blondas,
 Mujeres que parecen los cisnes del amor.

GUZMAN PAPINI Y ZÁS

LA MUSA

Ardorosa, profética, elocuente,
 Viene al mundo la musa encantadora,
 su blasón es el arpa vibradora
 que fecunda los sueños de la mente.

Bella, como las hadas del Oriente
 y envuelta en rósea claridad de aurora,
 surge su inspiración fascinadora,
 como Dios para el alma del creyente.

El estro de sus rimas interpreta
 en inmortalés versos el poeta
 que en aras de la turba se levanta:

Y ella, que es nervio, movimiento y vida,
 sin agitar su frente enardecida,
 como la alondra, sus anhelos canta.

EUGENIO C. NOÉ



Está anocheciendo. Pancho Ruiz ha desuñado junto al paso real del Tacuarí y amarguea junto á un gran fogón, esperando que se hagan brasas para poner el churrasco.

Hace frío, un frío endiablado y la noche amenaza tormenta. El río está hondo, si llueve en la noche, repuntará de fijo, aumentando las penurias del oficio.

Pancho Diaz está malhumorado.

—¡Echá más leña, guri!— le rezonga al muchacho; y cuando este intenta levantarse:

—Pero soplá el fuego, haragan, soplá de una vez que me' está augando el humo! De pronto se oye un rechinar lejano. El viejo presta el oído

—Son las carretas del pardo Serapio, —dice—; Siempre cachaciento el pardo!

Chillando, quejándose lastimosamente los ejes resecos, las carretas se acercan en medio de los gritos del carrero, que meneá clavo y derrocha interjecciones, ansioso de llegar al paso para «largar».

Poco despues los dos carros se juntan en el fogón del primero.

—¡Tiempo perro!

—Un tiempo apestao que da pereza.

—Y lo qu'es á usté no carece que se la den por que le sobra.

—Dejuro, si está uno mas robao que coyunda. ¿Tiene algo pa calentar las tripas?

—Licor del país.

—Alcance, pues.

—Trai el chiffe, guri.

Y ambos bebieron de la grampa labrada.

Despues, el pardo dijo:

—Mi acuerdo de una ocasión...

El viejo lo interrumpió:

—Si es pa mentir, espero hasta mañana, cuando habemos unido.

—Es verdá, tan verdá como que vamos á llorar mañana en el barro 'este camino que s'está poniendo más fiero que la pobreza.

—Vaya desenvolviendo entonces.

—Hace cuatro inviernos. Diba yo pu' este mesmo camino y traiba una carga de almacén pal gallego Lopez, de Artigas. Un viaje bárbaro, hermanito! y un delubiar qu'era la bendición de las ranas, y un frío que daba calor, palabra!....Yo traiba una cuarterola e' caña e' la habana...y, claro ¿qu' iba hacer, no encuentra? Le bajé un aro, l' hice un augero y dispues...

—¿Con una bombilla, chupaba?...Es viejo, eso.

—Es viejo, siguramente, pero el cuento no llegó entuavía.

—Pues siga trotando pal desenlace.

—Allá voy. Con tantos dias de viaje y con tanto frío y con tanto rabiar sacando un peludo aquí, y otro más allá, es claro, chupé una barbaridad, cuasi la mitad e' la cuarterola. Llegué al Artigas, el patrón vió la cosa.

—Y, patió, dejuro.

—Vea, amigo, lo que son estos gringos, no tienen lai á naides. Me dijo furioso, con aquella habla de su idiomia:

—«Estu es una indiznidaz!»

Yo le dije:

—Esj un olvido, patron, nada más.

—¿Cómo un olvido?

—Dejuramente; al pasar pu' el Tacuarí la iba enyenar y con la calentura de una volcada, se me olvidó.

—¿Y él que dijo?

—No me quiso pagar el flete.

—Vea, amigo y tuito por un olvido. ¡Lo que son estos naciones!

LA EMIGRACION

Varias veces nos hemos ocupado con dolor de la despoblación del país bajo el desgraciado gobierno actual.

Los periódicos de campaña registran en todos sus números anuncios de personas, de familias enteras que emigran, en la absoluta desesperanza de mejores días para nuestra pobre patria.

A esos artículos y á esos sueltos, agréguese el que publica ayer un diario de Montevideo, y que dice así:

«Se embarcó ayer en el «Eolo», con destino á Buenos Aires, de donde seguirá para Rosario de Santa Fé, nuestro distinguido correligionario Eusebio Martínez.

«Comerciante honrado y laborioso, se ha visto obligado á engrosar en la larga lista de compatriotas que buscan, lejos de la patria, campo amplio para desarrollar sus actividades inteligentes, ya que aquí se va haciendo cada vez mas difícil la lucha por la existencia.

«Numerosos amigos acompañaron hasta abordó al compañero que se aleja para una tierra hospitalaria, en la que no se pregunta al que llega cual es su filiación política, para dispensarle ó negarle la protección que merezca por sus aptitudes y por su honestidad.

«Deseamos al correligionario que se va, todo género de prosperidades en la patria amiga.

Facundo Imperial

Recién después de transcurrido un mes, pudo Imperial volver á las filas. Pero ya no era Imperial; ya no quedaba en él nada del paisano noble y altivo, de hombre de vergüenza, de ser libre y consciente de sus derechos. Había olvidado que tenía campo y haciendas, había olvidado á la mujercita que amó con delirio, y ni aun el recuerdo del pago perturbó su mente. Las heridas abiertas en su alma por las primeras humillaciones, habían cicatrizado: ya no dolían. No recordaba la injuria, no pensaba vengarse de nadie; por el contrario, adulaba á los oficiales y jefes, se había hecho servil como todos sus compañeros de infortunio.

De tiempo en tiempo, muy de tarde en tarde, solía recibir cartas de Rosa; cartas frías, indiferentes; frases de condescendencia y protestas de cariño que se sentían falsas; que no llevaban el más mínimo calor de un alma que quiere y padece. Imperial sufrió primero por la

rareza de las cartas, luego por su helado laconismo. Sufrió, pero disculpó y perdonó. ¿Qué no se disculpa y qué no se perdona en la mujer que se idolatra?... Sin embargo, andando el tiempo, Rosa dejó de escribir; Facundo mismo lo hacía de tarde en tarde. Su amor, como todos sus sentimientos, fué apagándose de una manera lenta y continua en la disolución progresiva de su sentido moral. Si alguna vez recordaba sus campos, sus rodeos, sus parejeros, el viejo edificio paterno, el paraíso del patio, no lo hacía echando de menos los bienes perdidos, sino mirándolos como una propiedad ajena, como una fortuna y una dicha que no había sido suya y que le gustaría disfrutar. Muchas noches, en la cuadra, tendido boca arriba sobre la dura tarima, veía con la imaginación á Rosa, satisfecha y feliz al lado del comisario Espinosa, y éste recibía el mate bajo el árbol de sus amores, y en las tardes, ensillaba sus caballos, con el apero de plata, dueño de todo por derecho de conquista. Y no sufría ni se indignaba encontrando todo ello muy razonable, muy lógico. Había aprendido á emborracharse; se había iniciado en el secreto de las infamias cuarteleras: no existía su pasada existencia: no tenía memoria de otra existencia que la miserable que arrastraba allí. El embrutecimiento iba invadiendo cada día una nueva zona del cerebro; ya no sabía pensar.

Su cuerpo holgaba dentro el uniforme; su rostro, enflaquecido, color ocre, mostraba los pómulos salientes entre el hueco de las mejillas y el hueco orbitario; en el fondo de éste, los ojos de córnea amarillenta, parecían sin movimiento y sin luz: como si se hubiese roto la comunicación con el alma, *sólo servían para ver*. El cabello comenzaba á ralear y á blanquear; profundos surcos marchitaban la frente y las mejillas, multitud de arrugas estriaban las sienes. Y sin embargo, el cuerpo erguido, la cabeza alta, las piernas firmes, parecía no sentir nada: ningún dolor, ninguna extenuación. Siempre puntual en el servicio, comiendo poco, durmiendo poco, resistía sin fatiga el ejercicio, las guardias, los retenes, las largas horas de plantón que una mínima falta le obligaba á sufrir á la intemperie, en las crudas noches de invierno. Su cuerpo, al irse secando, había concluído por perder la sensibilidad física, del mismo

modo que su alma, conmoviéndose, había perdido la sensibilidad moral.

Pero el mal iba haciendo estragos, y un día lo abatió, en un instante, como un golpe de maza. Hubo que conducirlo al hospital. Muchos días pasó allí, humilde y resignado, con tristezas y sin rebeldías, á semejanza de una bestia enferma.

Una tarde, un jueves, su mujer apareció en la sala, en aquella larga sala blanca y fría, símbolo del auxilio sin afecto.

—¡Mi Facundo querido!—exclamó Rosa abrazándole: pero en seguida, notando que todos la observaban, reprimió sus transportes y modificó su semblante.

Facundo la reconoció apenas: la encontró gruesa, vulgar, ajada y negra. No le costó trabajo cerciorarse de que su mujer no lo quería ya, de que sus protestas de amor eran mentidas. ¿Por qué había venido? Tomando tal vez su enfermedad como pretexto para hacer un viaje á la capital, que no conocía, y divertirse en ella. Esta última observación le hizo advertir que Rosa vestía un traje de seda y un elegante sombrero que seguramente no habían salido de las manos torpes de las modistas del pueblo.

—¿Cuándo vinistes?—preguntó el enfermo.

—Hace cinco días,—respondió Rosa: y luego, notando la mueca que su contestación había motivado en el rostro de Imperial, se turbó y agregó precipitadamente:

—No vine á verte antes porque llegué medio enferma; con el viaje tan largo... y con el disgusto, sobre todo con el disgusto... Además, no tenía que ponerme y aquí, en esta gran ciudad la critican y se rien de uno.

Facundo sonrió con tristeza. Las palabras de su mujer confirmaban la suposición de que el objeto de su viaje era pasear y divertirse. Su primer cuidado había sido recorrer las tiendas y modisterías. En otro tiempo aquel descubrimiento le hubiera hecho sufrir enormemente; pero ahora, en su miseria actual, ¿qué le importaba?

—Vinistes sola?—interrumpió de nuevo.

Rosa se turbó, se puso escarlata, tosió y después:

—No,—dijo;—Espinosa... me acompañó;... el pobre siente mucho lo que te pasa... se ha comprometido á trabajar para que te suelten.

En seguida, recobrado el aplomo, empezó á bordar su mentira, explicando con frases precipitadas, cómo el comisario se le había ofrecido, muy respetuosamente, ¡eso sí! diciéndole que él no era culpable, que estimaba mucho á su amigo Imperial y que estaba dispuesto á sacrificarse por servirlo.

El enfermo oyó todo eso con profunda indiferencia, como quien oye la narración de sufrimientos tan ajenos y lejanos que ni conmueven ni interesan.

Al cabo de una hora, Rosa se puso de pie, disponiéndose á partir.

—Sabés, tengo que irme,—dijo—¿no precisas nada?

—No, gracias: nada.

Ella le extendió la mano, sin atreverse á darle un beso, y salió haciendo crujir la falda de seda. Los otros enfermos sonreían: Imperial cerró los ojos y quedó inmóvil en su dichosa indiferencia de bestia que, cansada de trabajar, se siente morir sin dolores.

Durante un mes, Rosa visitó frecuentemente á su marido; las primeras veces, sola, después acompañada de Espinosa, á quien Facundo recibió sin ninguna muestra de animosidad. En una de esas visitas, que cada vez eran más breves, Rosa se despidió la primera y salió. El comisario quedó al pie del lecho y preguntó al enfermo:

—¿No precisa nada, amigo Imperial?... Ya sabe, si algo se le ofrece, ocupe al amigo.

Facundo reflexionó un momento como si una lucha se hubiera entablado entre sus deseos y un resto de dignidad; luego, con la desvergüenza de los seres miserables, hundido en la crápula, saturado de ignominia, exclamó sin escrúpulos, con timidez, como quien pide por primera vez limosna:

—Si tuviera unos riales... y quisiera dejármelos...

El comisario sacó del bolsillo unos pesos, se los dió y partió al encuentro de Rosa, que lo esperaba impaciente. Y mientras bajaban la ancha escalera del hospital y él le explicaba el motivo de su retardo, ella, encolerizada, le decía:

—Paradas, paradas! y haciéndome perder tiempo cuando sabes que la modista me está esperando para probarme el vestido lila!...



NOTAS CURIOSAS

Un joven de New York—cierto señor Jakson ha querido demostrar que no hay un solo ciudadano americano que, en un día, no se haga culpable, por lo menos, de una docena de delitos apercibirse. Yakson es miembro de una distinguida familia; no ha tenido nada que ser jamás con la justicia, siendo, en suma, un modelo de honestidad. Ha debido pues, para el objeto, consultar privadamente—á un juez y contarle todo lo que habrá hecho en el curso de un día—habiendo alcanzado la convicción de que, según las leyes americanas en vigencia, había cometido treinta delitos, por los cuales habría debido pagar 8286 dollars de multa y sufrir 19 años 11 meses y 10 días de prisión.

Narraremos algunos de esos delitos y sus respectivas penas. Es una lista interesante, aunque solo sea por que ella muestra la riqueza de la legislación en el país de la libertad:

Vestirse teniendo la ventana abierta—delito pueril con 5 dollars 25 francos de multa y seis meses de carcel.

Colocar vasos con flores sobre el alférez de la ventana, 50 francos de multa, 6 meses de prisión.

Conducir un perro por la calle, sin la cadenilla; 15 fr. de multa, 10 días de prisión.

Encender un fósforo en un buzón de correo, 500 fr. de multa y 1 año de carcel.

Asistir á una riña de perros 50 fr. de multa y un año de carcel.

Salivar en un tranvía, 2500 fr. de multa y 1 año de carcel.

Arrojar pedazos de papel en la vía pública, 25 fr. de multa, 10 días de arresto.

Llevar armas prohibidas, 500 fr. de multa y 10 días de carcel.

Arrojar una cáscara de banana á la calle, 25 fr. de multa y 10 días de prisión.

Llevar un niño en bicicleta, 50 fr. de multa y 10 días de carcel.

Usar palabras que ofendan la moral, 255 fr. de multa y 6 meses de prisión.

Pasear sobre el cespel de los jardines públicos, 25 fr. de multa y 10 días de carcel.

Enarbolar una bandera, 25 fr. de multa y 10 días de carcel.

Tocar cualquier instrumento musical, 50 fr. de multa y 10 días de arresto.

Arrojar guijarros en los lagos de los parques, 25 fr. de multa y 10 días de carcel.

Llevar flores en el ojal paseando por los jardines públicos, 15 fr. de multa y 10 días de carcel.

Jugar con los monios en las jaulas del serrallo público, 125 fr. de multa y 20 días de carcel.

Asustar los cisnes de los prados públicos, 50 francos de multa y 10 días de carcel.

Y sigue!

«Participamos á Vd. nuestro dolor por la muerte del fiel y cariñoso amigo, el b: en *Loulou*, que ha salvado tantas vidas humanas. Los restos mortales fueron sepultados en el cementerio camino de Asnières, cerca de Paris».

El autor de este artículo recibió un aviso redactado en francés, en su visita á Paris, cuando la última exposición, y, naturalmente despertó en él la curiosidad y el deseo de conocer aquel cementerio canino.

Se llega á esta rara necrópolis por un alto pórtico marmóreo. El cementerio se divide en cuatro secciones: la de los perros, la de los gatos, la de los pájaros, y la destinada á todos los otros animales domésticos.

Los más numerosos, entre los animales sepultados, son los los perros.

«Qué lujo loco,—exclama el autor,—pero, por otra parte, cuanto gusto artístico en los monumentos funerarios de los perros.—Mientras en la sección de los felinos se hallan pocos y muy modestos recuerdos en bronce,—y, en la de los pájaros muy raras jaulas coronando columnitas enanas,—el número de los perros que han sido dignos de que perpetúe el bronce y la piedra su memoria, es infinito».

Igual hecho se observa en las inscripciones: es la sección canina la más favorecida. En variadas inscripciones se narran heroísmos y abnegaciones admirables.

Aquí, la lápida de una tumba cuenta cómo el heroico *Lofki*, saltó audazmente a un sujeto que agrediera a su dueña, y le último á mordiscos, no sin haber recibido antes, en el curso de la lucha, una cuchillada que le condujo á la tumba.

Más ella, la hermosa historia de *Bijon* lo vé,—se arma de todo su coraje, corre á su encuentro y le da un formidable mordisco en una pantorrilla. Como recompensa recibe una cuchillada; pero el pobre animalito ladra tanto, ladra tanto, que despierta al fin, á los criados los que acudiendo dan caza al ladrón.

No faltan las inscripciones clásicas y poéticas. En las páginas de Voltaire y de Victor Hugo, que fueron grandes amigos de los perros, se hallan cuantas se quiera.

«¿Porqué la palabra *perro* se ha convertido en una injuria?»—se lee sobre la tumba de un San Bernardo.—La demanda es de Voltaire.

Y sobre la tumba de un Terranova, está esculpida esta sentencia de Victor Hugo: «*Le*

chien c'est la vertu, qui ne pouvant se faire homme, s'est fait bete.»

En otra parte se lee estos verso de Lamartine:

«*Mets ton coeur pres du mieu.
Et seuls pour nous aimer.
Aimons-nous, mon chien.*»

En las orillas del lago Nicaragua crece una planta extraña. El viagero naturalista Dunstan paseaba un día con su perro por las riberas del lago cuando fué sorprendido por terribles ladridos de dolor. Volvióse buscando á su cuadrúpedo amigo y quedó no poco aterrorizado viéndolo preso entre los tentáculos misteriosos de una planta filamentosas que lo había encerrado entre sus hojas. La piel de la víctima estaba ya cubierta de sangre, y el animal se agitaba ya débilmente por deshacerse del terrible enemigo, del que solo pudieron librarle acertados golpes de hacha.

La planta, hasta entonces desconocida en el mundo científico, llámase entre los indijeas «planta del diablo», y ha venido á aumentar el número ya considerable de las plantas carnívoras, piratas de las selvas.

Caja Internacional Mútua de Pensiones

Subscripciones 21.680

Capital subscripto \$ 13.153.125

Fondo de pensiones (Recaudado) \$ 1.188.055.37

Pidan Estatutos y datos

302 — AVENIDA DE MAYO — 310

CASA "ROMA"

Cassanello Hnos

Especialidad en bebidas extranjeras

Almirante Brown 1246

11 M. 18

Navegación á vapor Nicolás Mihanovich

(SOCIEDAD ANONIMA)

Línea entre MONTEVIDEO y Buenos Aires

Salida todos los días, á las 6 p. m. de la Dársena Sur con los vapores Eolo y Helios.

Línea entre Montevideo, Buenos Aires, Concordia, Salto y escalas.

Servida con los vapores Paris, Tritón y Júpiter. Salidas de Buenos Aires: martes, jueves, sábados y domingos á las 6 p. m.

Repertorio musical de "La Voz de las Niñas"

Piezas de bailes modernos, de facil ejecución, se venden á **0.30** centavos. Humberto 1448 y en las principales librerías.

***** Recomendación

A todos nuestros distinguidos lectores recomendamos que si quieren vestirse con elegancia y perfección, lo hagan á la renombrada casa

Al Palacio de Cristal ****

* ARTES 130 *

la casa mejor surtida en artículos generales para hombres, niños y niñas y la que mejor confecciona en la República.

Grandes rebajas por fin de estacion



Sastrería "LA SIN RIVAL"

←3 DE 3→

RAFAEL PUPPIO

Esta acreditada casa que cuenta con un grandioso y variado surtido de casimires de estación, procedentes de las mejores fábricas inglesas y francesas ofrece al público trajes esmeradamente confeccionados.

Trajes de saco de pura lana de \$ 25, 28, 30, 33, 35, 38, 40 y 45. Pantalones de pura lana, de alta fantasía de \$ 5, 7, 8, 10, 12, 14, 15 y 18.

Corte y Confección inmejorables
Precios sin competencia

46—CALLE ENTRE RIOS—346

— BUENOS AIRES — 8 p.

CASA DE LUNCH

— DE —

Pedemonte y Goya.

Excepcional en su genero

Rivadavia 619 4 p.

ALMACEN UNIVERSAL

ABELARDO E. BARRIOS

PRECIOS ECONÓMICOS

Charcas 901 al 911—Suipacha 1002 al 1006

Unión Telefónica 52 (5 Esquinas)

Buenos Aires

5 p.

Loción Higiénica de Eucaliptus

←3 DE 3→

RUIZ Y ROCA

Conserva el cabello y quita totalmente la CASPA

Aprobada por el Departamento Nacional de Higiene y por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. Recomendada por los principales médicos del país. Marca registrada en esta República, en la Oriental del Uruguay, Francia y España. (Se vende por mayor en todas las casas introductoras de perfumerías y registros, por menor en todas las peluquerías, farmacias y bazares de la República.

Pidan siempre Eucaliptus de RUIZ y ROCA

FLORIDA 28 6 p.

ESCASANY H^{nos.}

JOYEROS Y RELOJEROS

SI QUEREIS BUENAS ALHAJAS**COMPRAD EN LO DE****ESCASANY Hnos.**

PERÚ Esq. RIVADAVIA

Buenos Aires

7 p.

FUMEURS

DEMANDES PARTOUT LES CIGARES DE

ERNEST TINCHANT

CONCESIONAIRE POUR LE RIO DE LA PLATA

JOSE MARTORELL

725 CANGALLO 725

BUENOS AIRES

6p.

¿Queréis buenas alhajas

verdaderamente garantidas?

Joyeria Carbone

ARTES 395

Es la que vende más barato de todas

1 p.

LA URUGUAYA

— DE —

COSTA HERMANOS**TIENDA—ROPERIA—MERCERIA**

Grande y variado surtido en los ramos

La casa que vende más barato por su económica organización

1979—CALLE VIEYTES—1979

BARRACAS AL NORTE

9 p.